

bían imaginado introducir en Francia las costumbres políticas inglesas, creían que aquella agitación no daría otro resultado que la reforma electoral, y habían anunciado que, para defender el derecho de reunión y para recoger el guante que les arrojara el Ministerio, asistirían al banquete del distrito duodécimo, fijado para el domingo 20 de Febrero, bajo pretexto de los grandes preparativos que exigía.

El lugar elegido por los comisionados era un terreno inmediato á la barrera de la Estrella, perteneciente al general Thiers, diputado, quien lo había puesto á disposición de sus colegas de la izquierda.

Esperábase que el Ministerio no persistiría en su severidad, y que acabaría por autorizar la solemne demostración pacífica que debía ser la señal de su caída; mas el Poder no cejó en las intenciones que manifestara en la tribuna, y contestó á los intermediarios oficiosos, que toda reunión sería dispersada por la fuerza.

En presencia de un inevitable conflicto Odilon Barrot, ilustrado por Thiers sobre las consecuencias probables del mismo, y advertido también de las esperanzas que en el desorden cifraban los republicanos, retrocedió por la senda que había emprendido, y sin mucho trabajo hizo partícipes de sus temores á sus colegas, quienes, excepto dos ó tres, decidieron en 21 de Febrero no asistir al banquete del día siguiente, por no exponer á los ciudadanos á las calamidades de «una lucha tan funesta para el orden como para la libertad».

Sin embargo, el programa de la comisión general del banquete había sido ya distribuido: los guardias nacionales de París eran convocados sin armas á la plaza de la Magdalena para el día siguiente á las once á fin de formar dos líneas paralelas, entre las cuales los invitados, organizados en cuatro columnas, se dirigirían por los Campos Elíseos al lugar del banquete; la Comisión rogaba á los ciudadanos que no profirieran grito alguno ni llevaran banderas ni señal alguno exterior. «Se trata, decía, de una protesta legal y pacífica que debe ser sobre todo eficaz por el número y la actitud firme y tranquila de los ciudadanos.»

Por su parte el Gobierno mandó fijar en París la ley contra los grupos; y por medio de proclamas del ministerio del Interior y del prefecto de policía invitó á los ciudadanos pacíficos á permanecer en sus casas.

Por la noche hubo muchos conciliábulos republicanos; el que se reunió en la redacción de *La*

*Reforma*, y que fué en cierto modo presidido por Ledru-Rollin, se componía de algunos jefes de sociedades secretas, tales como Thoré, Esteban Arago, Flocon, Albert y Caussidiere; también se hallaba allí Luis Blanc, á quien su *Hermosa historia de diez años* había colocado al frente de la oposición política y muy querido de las clases trabajadoras por sus escritos sobre la organización del trabajo y sobre las cuestiones todas del progreso social.

Discutióse la situación, y según el dictamen de los más violentos, resolvióse presentar batalla; las sociedades secretas, empero, se hallaban hacía mucho tiempo desorganizadas, si no disueltas después de la conspiración de Barbés, la mayor parte de los seccionarios habían salido de París y aun de Francia, y no existían depósitos de armas, ni municiones de guerra.

Esto no obstante, pasóse toda la noche reuniendo gente y al asomar el día se la dirigió hacia la plaza de la Magdalena, que no tardó en llenarse de hombres de blusa y de guardias nacionales desarmados.

Los gritos sediciosos no tardaron en mezclarse á los de *Viva la reforma*; Odilon Barrot, Lamartine, y algunos otros diputados de la izquierda, que atravesaron el gentío, tuvieron no poco que hacer para sustraerse á una ovación provocadora, y los caudillos del desorden sólo buscaban un pretexto para trabar la lucha con los dragones y municipales, que por fin se presentaron para restablecer el orden.

«¡Si nos matasen á Odilon Barrot! decía con expresión de ardiente deseo uno de los jefes del movimiento, entonces sería ella.» Y en su semblante se expresaba de un modo enérgico el entusiasmo de que se hallaba poseído. Por último, á los gritos sucedieron los silbidos, y luego las piedras contra la fuerza armada, que desnudó el sable y armó la bayoneta.

Algunas cargas de caballería hicieron retroceder á la multitud y la dispersaron por los boulevards, los muelles y calles inmediatas, mas la lucha que se deseaba había ya empezado; los grupos, apenas dispersados, se reunían en otro punto; habíanse volcado algunos coches, se removía el empedrado, y una nueva nube de piedras acogía á la guardia municipal al acercarse á aquellas barricadas.

Hiciéronse muchas prisiones, y hubo algunas personas heridas por los caballos y los sablazos; las tropas de línea empleadas para custodiar la entrada de las calles, no tomaron la menor parte en

el combate trabado entre el pueblo y los municipales, y marchaban con el arma en el brazo, saludadas con los gritos de «¡Viva la línea!» y «¡Viva la reforma!»

El día se pasó sin graves acontecimientos; la población se hallaba alarmada, pero parecía no querer salir de su inacción, con gran desaliento de los conspiradores, y en tanto, reunidos los diputados en sesión, discutían la ley de Bancos, ante los vacíos sillones ministeriales.

El motín, que había sido rechazado de las cercanías del palacio legislativo, retirábase progresivamente del teatro de su origen á los barrios del centro, donde podía fortificarse y defenderse con muy poca gente; á la caída de la tarde cobró nuevos bríos é incremento, reforzado por los operarios que salían de sus talleres.

Los gritos se hicieron más furiosos; las bandas más audaces; vaciáronse las tiendas de los armeros, rompiéronse los reverberos, levantáronse barricadas en toda forma, especialmente alrededor de los mercados, y disparáronse varios tiros para llamar al combate á los auxiliares de la insurrección.

Esta, como de costumbre, estableció su cuartel general en los barrios de San Dionisio y San Martín, y como al principio carecía de soldados, los jefes pasaron la noche recorriendo por sí mismos las calles y reuniendo los restos de las sociedades secretas.

La policía se hallaba instruída de todo, de los preparativos de los insurrectos y también de su número reducido, pero limitábase á sitiarles en los cuarteles que ocupaban y esperaban el día para reducirlos.

El tiroteo que se trabó en varios puntos, en medio de las tinieblas, entre las patrullas y los sublevados, no tuvo más resultado que hacer aspirar al pueblo el olor de la pólvora, y el día siguiente á las nueve de la mañana las barricadas fueron destruídas á cañonazos, siendo la resistencia casi nula.

Sin embargo, según expresión de los jefes, *aquello iba calentándose*, y París parecía agitado hasta en sus cimientos por una erupción subterránea; el pueblo, tan indeciso poco antes, se precipitaba á la calle gritando: «¡Viva la reforma!» y la guardia nacional acudía solícita al toque de llamada, que no pudo la víspera hacerle abandonar sus casas.

Las tropas de línea gritaban también ¡Viva la reforma! y aquél fué el momento elegido por Luis Felipe para abandonar á sus ministros, que se proponían reprimir con la fuerza el motín de la calle,

como habían dominado el de la Cámara por medio de la mayoría.

La acusación que Odilon Barrot y sus colegas firmaron contra el ministerio, recibía, por parte del Rey una especie de sanción, y al momento vióse separarse del ministerio en desgracia á la mayoría sin fe que pertenecía á todos los poderes. «El Rey, dijo con frialdad Guizot, en uso de su real prerrogativa, ha llamado al conde Molé para encargarle la formación de un nuevo Gabinete.»

Una salva de aplausos resonó en las tribunas. «Hasta que sean nombrados nuestros sucesores, continuó el presidente del Consejo dimisionario, conservaremos el orden según nuestra conciencia.»

El nombre de Molé no era bastante fuerte para despejar inmediatamente la situación, y fué muy mal recibido por las masas que gritaban: «¡Muera Guizot!» pero cuando los emisarios del nuevo presidente del Consejo hubieron propalado la noticia de que el Rey, al cambiar de ministerio, consentía en la reforma electoral, la multitud, la guardia nacional y las tropas prorrumpieron á la vez en gritos de ¡Viva el Rey! ¡Viva la reforma!

Un inmenso entusiasmo se apoderó de la población, que veía con gozo el fin del desorden, y que daba libre rienda á su insensato odio contra los ministros caídos.

Fué aquello una reconciliación general, una alegría pública.

Y sin embargo, en aquel momento se peleaba todavía en la calle Bourg-l'Abbé, donde el pueblo asesinaba á los infelices municipales.

La revolución que los conspiradores deseaban había terminado; la lucha no podía tener ya pretexto alguno, mas en los conciliábulos republicanos reunidos en las redacciones de *La Reforma* y de *El Nacional* y en otras partes, decidióse que una vez obtenida la reforma, haríanse nuevas exigencias sin deponer las armas.

Por la tarde súpuse que Molé, no habiendo logrado formar un ministerio mixto y sin color, había vencido la repugnancia del Rey y conferenciaba con Thiers para formar el nuevo ministerio, en el cual debían entrar Remusat, Dufaure y Passy.

«Mientras esto sucedía, varias cuadrillas de muchachos salieron por los boulevards y calles adyacentes, gritando, ¡luces! ¡luces! y golpeando las puertas de las casas para que se iluminaran las ventanas, no pareciendo sino que obedecían á una consigna dada de antemano.

»Bien pronto la iluminación fué general y el mágico espectáculo que ofrecía aquella parte de la

ciudad, regocijaba á los pacíficos habitantes que tenía por espectadores.

»A las diez, una columna de hombres con blusa armados con fusiles, picas y garrotes, precedidos por algunos que llevaban antorchas, y mandados por un oficial de la guardia nacional con la espada desnuda, bajó por los boulevards desde la plaza de la Bastilla, cantando la Marsellesa y reclutando á su paso á muchos curiosos.

»Esta columna detúvose algunos momentos bajo las ventanas de la redacción de *El Nacional*, acercándose después al palacio de Negocios extranjeros; pero un batallón del décimocuarto de línea, que estaba formado en el boulevard de los Capuchinos, les negó el paso.

»Interin se cruzaban algunas confusas contestaciones entre los oficiales, un individuo disparó un pistoletazo, que fué la causa del tumulto, pues creyéndose el comandante atacado por una banda de insurrectos, mandó hacer fuego, y aun cuando los miserables que ocasionaron la descarga tuvieron tiempo de salvarse arrojándose al suelo, no así más de cincuenta inofensivos ciudadanos que fueron heridos por las balas.

»Un grito de indignación resonó en el espacio, y la contestación de aquella descarga fué: «¡Venganza, que asesinan á nuestros hermanos! ¡traición! ¡Á las armas!»

»Los diez ó doce sangrientos cadáveres fueron amontonados confusamente en una carreta que al lugar del suceso condujeron inmediatamente, y la turba guiada por la luz de las antorchas siguió por los boulevards profiriendo sin cesar aquellos mismos gritos que hallaban terribles ecos en el corazón del pueblo.

»Asustados los habitantes, volvieron á encerrarse en sus casas, las iluminaciones empezaban á apagarse, y la ciudad, sumida de nuevo en las tinieblas, fué entregada sin defensa á merced de los conspiradores.

»Éstos, desde aquel momento, se valieron de todos los brazos de que podían disponer para levantar barricadas, que como por encanto surgieron por todas partes, siendo más de dos mil, las que al aparecer el día, convertían la capital en una inexpugnable plaza de guerra.

»Sin embargo, la mayor parte de ellas carecían de defensores y las que podían sostener un sitio, estaban custodiadas únicamente por cinco ó seis hombres mal armados, pues la insurrección, de la misma manera que hiciera en 22 de Febrero, concentraba todas sus fuerzas en los barrios más populosos.

»A pesar de contar París con más de veinte mil hombres de tropas, encerrados en los cuarteles, la policía no se atrevió á mostrarse en parte alguna la noche de la catástrofe del boulevard de los Capuchinos, pareciendo asimismo que este acontecimiento había paralizado á la autoridad y á la administración.

»Desde la víspera, infructuosos eran cuantos esfuerzos se hacían para la composición de un gabinete; Molé, después de inútiles tentativas se había retirado, habiendo declinado igualmente el peligroso honor de entrar en aquella combinación Dufaure y Passy, que de antemano preveían lo imposible que era, figurando en ella el impopular nombre del mariscal Bugeaud.

»Por fin á las cuatro de la mañana Thiers dirigióse á las Tullerías acompañado de Odilon Barrot, Cousin, Duvergier de Hauranne, León de Malleville y Lamoriciere, que había elegido como colegas.

»Largo rato duraron los debates en el gabinete del Rey, el cual no podía resignarse á que no fuese incluido en aquel ministerio salvador el nombre del mariscal Bugeaud, si bien tuvo que renunciar á ello, prolongándose esta conferencia, á la que asistían diputados y periodistas, más de dos horas, entre el estrépito del tiroteó y el toque de rebato.

»Emilio de Girardin parecía dirigir el Gabinete y en cierto modo quien dictaba las opiniones del Rey, pero aprobadas las bases del nuevo ministerio, fué puesto á su frente Odilon Barrot, el cual, fiado en la popularidad de que gozaba, creyó que presentándose sólo en las barricadas y anunciando que el Rey le había nombrado primer ministro, desarmaría á los sublevados. Así fué que lisonjeado con la idea de obrar semejante milagro, exigió del Rey la orden de hacer cesar el fuego y de retirar las tropas, al contrario de Bugeaud que solicitaba la orden de operar con vigor y con la artillería, comprometiéndose á vencer la insurrección antes del medio día. Desesperado el mariscal no podía menos de exclamar: «¡Locos! ¡desgraciados! ¡están perdiendo al Rey!»

»Luis Felipe cedió por fin á las exigencias de Odilon Barrot, pero quiso que Bugeaud, reducido á la inacción, conservase al menos el mando en jefe de los guardias nacionales del Sena y de las tropas, lo que excitó un gran descontento entre el pueblo, que en aquel nombre veía un eco de la matanza de la calle de Transnonain, gritando entonces: ¡Muera Bugeaud! así como la víspera se había gritado ¡Muera Guizot!»

Conforme había dicho Odilon Barrot, acompañado del general Lamoriciere y de dos ayudantes de campo de Estado Mayor, recorrió los boulevards y de barricada en barricada fué repitiendo que todo había concluído, que el Rey le había confiado junto con Thiers, el encargo de formar un nuevo Gabinete.

Pero sus esperanzas se defraudaron. Primeramente fué recibido con murmullos, luego con insultos y amenazas y después á tiros, teniendo que volver á las Tullerías donde no ocultó el mal éxito de su tentativa á la vez que exigió, vista la impopularidad de Bugeaud, que confriese el mando de la guardia nacional y de las tropas á Lamoriciere.

Aturdido, admirado y anonadado á la vez por

los rápidos acontecimientos que desmentían todas sus previsiones, Luis Felipe, desde aquel momento, no tuvo presencia de ánimo, voluntad, resolución ni valor, y como un autómatá que obra según el impulso que se le da, obedecía á todos los consejos y á todas las observaciones.

Y con todo no se daba cuenta todavía del estado de la situación, creyendo firmemente que una vez ministros Thiers y Odilon Barrot, el orden se restablecería sin necesidad de recurrir á la fuerza.

Éstos dirigieron una proclama á los ciudadanos de París anunciándoles la suspensión del fuego, la formación del nuevo Ministerio y la disolución de la Cámara, pero encima de ella habíase escrito estas anónimas palabras: «Luis Felipe nos hace asesinar como Carlos X; ¡vaya á reunirse con él!»



Banquete de Chateau-Rouge.

Las oficinas de *La Reforma* eran el núcleo de la insurrección y donde se reunía su estado mayor, y allí Flocon, Esteban Aragón, Lagrange, Causidiere y Thore fué donde se distribuyeron los papeles y decidieron apoderarse de las Tullerías.

En la plaza del Carrousel había entonces más de seis mil hombres de tropas reunidos y el general Bedeau con su división marchaba á ocupar la plaza de la Concordia. Inútil aparato de fuerza una vez que había la orden de suspender el fuego, aun cuando quizás aquellas tropas habrían vacilado en hacer uso de las armas después que con el pueblo y la guardia nacional habían gritado ¡viva *La Reforma*!

Casi por todas partes los soldados de línea habían permanecido neutrales y la exasperación popular se desahogaba en los guardias municipales, los cuales sabiendo que no había cuartel para ellos se defendían con mayor obstinación.

El grito de ¡viva la reforma! casi ya no era

contestado por la guardia nacional, que tristemente paseaba sus patrullas por las barricadas que estaban desiertas.

Bajo los más lúgubres auspicios habíase anunciado la jornada del 24 de Febrero: por las calles no transitaba ni un carruaje, alarmados corrillos se formaban en las puertas y de cuando en cuando aparecían en las ventanas algunos azorados rostros, estando todas las tiendas cerradas.

El terror aumentaba; la matanza del boulevard de los Capuchinos era el tema obligado de todas las conversaciones, mientras que todas las casas eran invadidas por numerosas bandas de hombres que iban en busca de armas.

Si bien aislado y tímido, también oíase de vez en cuando algún grito de ¡muera Luis Felipe! que no encontraba eco; la autoridad, el orden y la convicción no existían en París, reinando por doquiera la duda y la incertidumbre así como también el desorden.